

ALFONSO REYES, MAESTRO

*Correo Carioca.*

Ahora desde Río, y no desde Buenos Aires, nos vienen las hojitas o los folletos o los libros de Alfonso Reyes; nos vienen como siempre, con la dirección escrita de su mano, por la cortesía exquisita que es la suya; y teniendo adentro, infaltablemente el recado suyo, comparable al de Martí en el clima de la efusión. El bulto es siempre, breve, en el orden de las resinas, a que aludíamos otra vez, escribiendo sobre él; pero tapas adentro, eso que nos llega es tan nutritivo, que del cuadernillo de 20 páginas se va a vivir la semana, a veces el mes, con frecuencia el año.

El correo se hace, de más en más, americano; la escritura se vuelve de día en día más humana. Ya casi no hay en esas páginas de *La Caída* hierba en rama de retórica ni pastel de divagación.

Es el tiempo del fruto, y del fruto en sazón, ciento por ciento; no se hacen a estas alturas de años corolas grasas sino hueso asemejado, y un trigo desnudo, sin guedeja.

Venían correos más tardos de Buenos Aires; la vida social del diplomático se lo devoraba, y tenía que ser así, porque él es un cumplidor acérrimo de sus misiones y los motes sobre la ociosidad diplomática valen para muchos, pero no han valido nunca para Alfonso Reyes. En Río debe haber menos recepciones y quedar pausas más largas para escribir. Es una de las causas de su fertilidad de estos tres años.

Otra razón hay que decir y a mi interesa aclararla, para mí.

*Casticismo del trópico.*

El trópico es más castizo que nuestras tierras templadas; más americano Río que Buenos Aires, más Bogotá que Santiago; más México que Montevideo. Dicen que la causa del casticismo ralo y

débil de la extremidad Sur está en la inmigración rebozada que ha recibido la punta del Continente, y que la americanidad del trópico deriva de las dos zonas casi absolutas de español e indio con que la tierra caliente se ha quedado. La explicación no lo dice todo. "La naturaleza fuerte" de que habla Chocano, puede mucho sobre el hombre en el trópico, lo gobierna y lo maneja y no le consiente aventar la costumbre dictada de ella y no le permitiría, ni "agringarse" ni italianizarse demasiado.

La tierra templada aparece más liberal o más débil, y esa lo tolera todo en mal nuestro a veces. Por algo, por una especie de . . . instinto geológico, el Continente se hinchó hacia Ecuador, como para darnos más perímetro de sol y de las cosas que el sol se trae, y se angostó con parvedad o restricción hacia abajo . . . El Continente sabía en cual de sus aposentos climatéricos le nacería la gente más fiel . . .

Alfonso Reyes llega a Río de Janeiro y padece y goza la magia de lo regional, el tirón de lo castizo que no probaba desde los años de México. Meses más tarde, él, o sea el gongorino y el super-europeo, se pone a escribir corridos y cuartetos populares, con una rapidez feliz que parece de dictado y con un sabor folklórico que llega a engañar a ratos de puro genuino.

*El folklórico.*

Los Alfonsos son todos ellos "primer agua": el Alfonso sabio que escarmena a Góngora y le saca hasta la última pimienta novedosa y que trasvasa el *Poema del Cid* con manos dignas de la operación; el Alfonso clásico grecorromano que en meses de París hace una *Ifigenia* estupenda (de la cual todo está por decir) y que en una semana bonaerense escribe un discurso sobre Virgilio que es la pieza prócer que de aquellas fiestas podemos mandar a Roma en contribución nuestra; y los demás Alfonsos que harían "cola" de numerosos . . .

Pero siendo éste un platero que da buena plata siempre, haga



cálices sacros o cofres mundanos, no queremos, ah, eso no, que se nos destiña el Alfonso mexicano, barro nuestro de Guadalajara o jícara michoacana, que contiene la decoración entera de la naturaleza y el hábito nuestros.

Aquí está, el que podía dejarse tentar; está en *Río de Enero*, tan trópico, tan bajío y tan meseta, como si nos mandase esa escritura poética de México o de Cuba adentro o . . . de donde la mande.

El trópico americano tiene, a pesar de las alteraciones barométricas y étnicas de aquí y allá, una grande unidad. Me tengo que aprender a las gentes —y de terrible aprendizaje— cuando paso de Antofagasta a Mollendo, pero ya de Panamá a San Juan, mucho menos.

Este libro de unas pocas composiciones largas es un complejo producto verbal. El "corrido" o romance de México que es cosa mestiza, anda por ahí; la copla española, lo mismo; y la canción mulata de Río o de Cuba otro tanto. *Río de Enero* es la difícil y fácil pieza que somos los individuos de nuestra raza; ardua por tanta cosa vieja y nueva que hierve en nosotros, y fácil por nuestra soberana sencillez criolla. Habría aun que espolvorear sobre esos componentes un poquitín de futurismo europeo y del más bueno. La donosura es grande —Reyes la tiene y la luce en prosa como en verso—; la malicia cuesta ubicarla en Andalucía o en Jaliscos; el ingenio es el mexicano, que tiene para dar y prestar, y la poesía, la corriente de arrastre de aquellos dones, es la suya, la linda poesía de Reyes con su chorro doble de inteligencia y de una emotividad que los años en vez de secarle le aumentan.

México no quiso largar nunca la cuerda folklórica; a lo largo de dos siglos de academicismo y de romanticismo, dos atolladeros nuestros de pedantería, México siguió haciendo corridos y canciones, manteniendo entera la veta de agua vital y vitalizadora. Muchas cosas suyas de hoy se han salvado gracias a esas fuentes guardadas intactas: el casticismo mexicano, en la costumbre, la pedagoga

gía nacional, lista; las artes manuales, la legión de Diego Rivera, y hasta la reforma agraria, arrancan de allí, de la corriente subterránea u ostensible de la poesía popular.

Alfonso Reyes se mueve como pocos en su reino manejando el folklore, aunque le incorpore una cantidad de sulfatos de otros suelos.

Había por allí, en los poemas viejos, algunas pintas aisladas del género; pero no eran todavía esta ración en pleno.

Me acuerdo de un pintor dengoso, y no poco cursi, con el que yo desembarqué una vez en San Pablo del Brasil. Volvió al barco vociferando de ese paisaje de colores "para cargador"; insufriblemente espectacular. Europa le había dado la arterio-esclerosis ocular y ya no se sufría lo cenital del trópico. Mentira grande y además tonta es aquello de que el paisaje tórrido es primario e infantil y que por ello no provoca ni a pintar ni a escribir. La desesperación que da viene de que lleno hasta rebalsar de cosas perfectas, desde su aire tónico hasta su listadura de palma, pasando por los alimentos que él solo da, desmoraliza a las gentes con el *tanto* como la tierra templada las excita con el *poco*.

Al pintor chirle el Trópico le hace el afecto que Homero al poetillo . . .

#### *Torridismo.*

El tórrido de Reyes no aparece abundante sino constreñido; reside más en la vainilla que en el plátano, y mejor en la mariposa que siendo de jeme, carga con una tonelada de azul, que en el árbol del pan.

El tórrido suyo se halla sobre todo en la peca de fuego con que le mira (al muy amoroso) la mulata brasilera y talvez en cierta pulpa capitosa que es el habla y, no digamos la marcha, de ella. Un tórrido de geografía y carnes adentro. A veces yo me dudo el si la torridez de gesto y voz sea cosa del barómetro, porque en la me-



seta de la templanza, la de Anáhuac, la untadura cálida se ve y se toca y está puesta sobre unas sobriedades y unos equilibrios o romanos o franceses. La inteligencia se hace ella misma, cuando quiere, sus 100 grados emocionales y no siempre es la sangre subidora la que los produce y los despeña . . .

*Ubicación.*

Es lindo ver en libro nuevo el lugar donde el amigo vive, aprenderle las criaturas que ahora lo tocan, y saberle de veras el mar, el suelo, la casa, la mesa. Nunca había gozado yo más de este deleite del poder, ubicar bien, al compañero ausente y reacomodarme en la pupila interior su nuevo modo de ser y de existir, como en este *Río de Enero*.

Reyes poseía allá en Buenos Aires río grande, tanto que ya no es río y no da sino pocas emociones fluviales; estaba en cuanto a la convivencia, en ese extraordinario puente de razas que es nuestra Argentina y que suele desconcertar la visión. El vive hoy con sol desatentado o nubarrón tropical encima; pasea avenidas de palmas que de cabales han de parecerle a veces una teoría intelectual, que se mira hacia adentro; y ha recuperado a la gente morena, casi olvidada en París, y que nutre la vista al que nació entre ellas, una casta que nos produce el placer que da el pan resollamado, muy otro del que solo se dora.

En sus cartas y en sus recados cortitos, se ve que vive bien, que lo hacen dichoso, que trabaja y pasea y que lo vitaliza el haber vuelto a la matriz de la raza.

*El taller.*

Afan grande y prolijo tiene un hombre metido en los últimos años en "hacer nuestra América". El taller resulta terriblemente extenso, comenzando en la Monterrey suya (Estado de Nuevo León), pasando los Andes y rematando en los patagones argentino-chilenos.

El taller aplasta al lacio y al fuerte lo espolea. Eso resulta demasiado extenso, pero es al fin de cuentas uno, sin tabiques de cemento, con muros de pega que son las aduanas y la gestión de pasaportes.

Formidable labor la de andar eso de cabo a rabo, la de correrlo y recorrerlo, la de mirarlo y de tocarlo; y de ir diciéndolo poco a poco —con la conciencia suya, tan escrupulosa— sin querer dejar ángulos oscuros.

A veces la prosa o la canción le sirven, como en *Río de Enero*, para dar dos departamentos, México y Brasil, y cumple con ambos en una sola bocanada; a veces cuando escribe sobre el Día Panamericano, se echa al lomo los problemas de todas, avezado como es él en *universales*.

Y habiéndose dicho algo del Maestro que nos vive en Río, nada valedero se dijo. Llegó con el cuaderno de poemas folklóricos, una prosa dilatada pero que no alcanza a libro, *La Caída*, tan magistral que debe dejarse para nuevo artículo, a pesar del gozo pasqual, que es escribir sobre Alfonso Reyes, hombre de Montaigne, en tierras de América, y el primero de nuestros guías en el momento presente.

Gabriela MISTRAL.

1933.



ALFONSO REYES

(1933)

Lo conocí en la plataforma de un tranvía amarillo y morado de "Salamanca", Madrid, que cruzaba la Castellana por la Biblioteca. Subía yo adivinándolo y él me sonreía. Sí, su sonrisa, como luego siempre, en su pisito bajo de General Pardiñas, en su piso principal de Serrano, en el Centro de Estudios Históricos, en la Embajada de Méjico, en mi misma casa, me recibió fina, tersa, subida a los ojos. Entonces ¿lo recuerdo bien? Alfonso Reyes usaba un bigotillo mexicano lacio y de curva caída que armonizaba con los cálidos ojos pillastres y los hoyitos de la mejilla, fuente de su sonrisa. El hombre breve y lleno era entonces todavía, y me parece que lo seguirá siendo, un niño travieso y ya un insigne veterano, en un joven propio. No dos caras distintas, una al pasado y otra al futuro, cojidas por la nuca como en lo clásico, sino dos en una y en fundición jeneral esférica, jiratoria, presente, con eje en la médula espinal. Doble, triple ser en instinto, sustancia gris, ansia y fomento de la existencia.

Hombre trino y uno Alfonso Reyes, superior de espíritu, diferencia, cultura, conciencia, despejo, tolerancia. Una cabeza entera. ¿Desde dónde venía, así preparado de lo ajeno, de dónde le llegó lo diferente que él mismo le añadía, se incorporaba, se donaba? Bello caso de destino fatal resuelto. Tres razas por lo menos, sumadas en cuenta final. ¿Cuánto? Su prosa, su verso lo dirán a quien no lo conozca de vista. Las siete personalidades, la oblicua, la redonda, la recta, la picuda, la cuadrada, la horizontal, la vertical. Caminos indígenas, españoles, mejicanos hacia lo total permanente. Y todos caminados por lo sumo, con entrega y con análisis, con profundidad y con alegría, con decisión y con serenidad, sin perder nada, ni una coma, del tránsito internacional y universal.

Alfonso Reyes, salvador de todo lo salvable. Buen ejemplo y buena amistad la de este sintetizador de Méjico; dejadores, jenerosos, llevadores de lo mejor y sin necesidad suplicada del recíproco diario; saboreador el amigo ejemplar de la segura verdad expresada o secreta. Y un castillo gracioso dondequiera que se pare, y una tienda de campaña, por si acaso, que lo libre anda fuera del castillo, en la intemperie mayor donde brota la sencilla y más rica verdad. Llega al lugar necesario o gustoso, planta su receptor y su emisor, y a dar y a recibir con entusiasmo. Oídlo ahora reír y cantar. (Estuvo serio). Nos tira por el aire caliente o yerto, fondo de valle, sierra o llano, las flores y las frutas de donde sea, oeste, norte, este, sur, y la demasía, en la encantadora estación que él hace total.

Juan RAMÓN JIMÉNEZ.

*Españoles de tres mundos.*

Buenos Aires, Losada, 1942.

págs. 90-91

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"



### LA PRODIGIOSA LABORIOSIDAD DE ALFONSO REYES

Alfonso Reyes, menudo, rollizo, vivaz, agilísimo, fue uno de los Embajadores de moda en Buenos Aires, cuando México lo envió ahí tal como había sido un literato de amplio renombre en Madrid, tal como es hoy el Embajador indoamericano más reputado en Río de Janeiro. Pero los triunfos de Alfonso Reyes no se cuentan por los éxitos de salón. El es un Embajador que no dejó de ser jamás artista, y un artista que permaneció todo el tiempo, en pleno entrenamiento, en contacto con las corrientes del mundo entero. Sabe como pocos acerca de arte contemporáneo. Gran administrador de su talento, guarda cordiales relaciones con los escritores de todo el mundo. Él fue uno de los que reveló a Waldo Frank ante la América Latina. Él es eximio comentarista de Góngora, tanto como don Miguel Artigas y Dámaso Alonso. Él es quien sigue con más acuciosidad la pista de Marcel Proust, a través de la literatura en castellano. Él es el autor del mejor elogio a Goethe, escrito en español, con motivo del centenario. Él es el más enterado de los conocedores de Valéry y de su célebre *Cimetière Marin*. Tiene agilidad, erudición, exquisitez, laboriosidad, simpatía por todo lo humano. Por eso una de sus series es la titulada *Simpatías y Diferencias*. Por eso en el volumen de *El Cazador* y en la robusta *Visión de Anáhuac*, y en sus glosas a Juan Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz, en sus multiformes *Cuestiones Estéticas* y en sus minuciosas *Cuestiones Gongorinas*, Alfonso Reyes es siempre el mismo. Gran espíritu alerta, le falta una obra constructiva, por haberse desperdigado en mil empresas iniciadas con brío.\* Formidable curioso, sacrifica al don de darnos conocimiento el beneficio de darnos rumbo. En plena madurez —al borde de los 50 años— no ha castrado en la diplomacia eunu-

\* Las obras "Constructivas" han venido en la última era mexicana, de 1939 en adelante.—Nota de los Editores.

adora su talento y su sed de saber. Carece de ese peruanísimo prurito de suficiencia. Es siempre discípulo de los demás y de sí mismo. Su vanidad no existe. Es un perpetuo estudiante y un gran logrador de belleza. En *Monterrey* realiza una labor de conexión y despertar, llena de proyecciones. Su posición protocolaria no le enmudece, sino que le da alientos. Gran defensor de la vida de Haya de la Torre, cuando la estaba sacrificando la satrapía asesina, a cada paso revela su "humanismo" integral. Nada le es indiferente. Ninguna crítica la recibe al soslayo. Cuando un periodista joven le ataca en México, Reyes le responde con un folleto —*A vuelta de correo*— pleno de sugerencias. Y, por sobre todo, este intelectual que anduvo por todos los horizontes y que emergió de una generación, demasiado vecina a los "científicos", se acerca hoy a América y vibra con sus problemas profundos, sin perder su definida personalidad artística, ni mostrar ninguna premura aduladora y en denuncia.

\* \* \*

En lo que va transcurrido de los tres últimos años, Alfonso Reyes ha decuplicado su actividad. "Voy a descansar unos pocos meses de la labor literaria"—me decía en carta recientísima, al enviarme dos nuevos folletos suyos. Su descanso ha estado en el trabajo de la Conferencia de Montevideo, a donde concurrió como uno de los delegados de México. Compañero ocasional de viaje de nuestro Enrique Peña, me escribía Alfonso diciéndome que había estado sediento de charlar, directamente, con un escritor joven del Perú, y que no acababa de agradecerme la oportunidad que le había brindado. Pero, esto no es sino el cuadro anecdótico de la tarea de Alfonso Reyes en los últimos tiempos. Antes de enjuiciarla aunque sólo sea pasajeramente, enumeraré la producción de Alfonso en estos últimos tiempos, descontando su intervención en revistas como *Sur*, la fugaz *Libra* y el eventual y nutrido *Monterrey*.

En 1931, publicó *Discurso por Virgilio* (México), folleto con una interpretación americana del milenario del poeta mantuano:



*Cinco Casi Sonetos* (París;); *La Saeta* (Río), ilustrado por Moreno Villa, colección de prosas y versos sobre Sevilla, con ese fino sentido estético que impregna la obra entera de Reyes; *Testimonio de Juan Peña*, semi novela, que glosé en 1931; en ella se revela Reyes como un espectador curioso y agonista frente a la realidad mexicana. A mí me ha parecido tan significativo este esbozo de novela que he transcrito trozos íntegros en mi libro "América: novela sin novelistas", a fin de evidenciar lo que como síntoma hay en ello, de retorno a América y respeto hacia la realidad indígena.

En 1932, publicó Reyes una tirada aparte de su artículo *En el ventanillo de Toledo* (Buenos Aires), una admirable serie de evocaciones titulada *Horas de Burgos*, con un envío final a José María Chacón y Calvo; el libro de crónicas *Tren de Ondas* (Río); el estupendo *Rumbo a Goethe* editado simultáneamente en Costa Rica y Buenos Aires, y que saldrá en volumen en Madrid; y los tres folletos polémicos, índice de un nuevo rumbo en Reyes, *En el Día Americano* (Río, abril de 1932), *Atenea Política* y *A vuelta de correo* (mayo de 1932). Este último folleto, respuesta a las observaciones de Héctor Pérez Martínez sobre la ineficacia de los escritores y diplomáticos avecindados en el extranjero, sin contacto con el país —caso de los García Calderón, etc.—, tiene una muy fundada respuesta de Reyes.

En 1933, Reyes me ha enviado *La Caída* (Río), divagación ante una joya de marfil vista en el Museo Arqueológico de Madrid, y *Romances del Río de Enero* (Río), en donde reaparece el fino poeta que hay en el autor de las eruditas *Cuestiones Gongorinas*.

\* \* \*

En esta serie de ediciones, colección muchas de ellas de antiguas prosas, escritas éstas bajo el signo de Góngora, aquellas bajo la inspiración de Montaigne, Alfonso Reyes ha elaborado una obra fundamental. Me refiero concretamente a su *Rumbo a Goethe*. En la canijez de los homenajes hispanos, sólo resaltan el de Ortega

y Gasset y el de Alfonso Reyes. Y, por cierto que el de Reyes por encima del de Ortega. Entre nosotros, el homenaje se redujo a una reseña bibliográfica elaborada por el señor Riva Agüero, quien aprovechó del lance para repetir una de las frases menos enjundiosas de Goethe, con criterio oportunista: aquella que dice "prefiero la injusticia al desorden", olvidando que, filosófica y moralmente, ahí donde hay injusticia hay ya desorden de origen, pues es imposible que la injusticia implique ordenamiento alguno, así como el orden no puede significar de ningún modo injusticia. El homenaje del Ecuador, a través del profesor Isaac Barrera fue un tanto ocasional. En cambio Reyes no se limita a extraer lecciones más o menos manidas de textos goethianos, sino que se dedica a elaborar edificio propio. Pasea a Goethe a través del mundo moderno, con lujo de erudición y de comprensión; nos lo trae a América, a través de Humboldt e incide inclusive en la obra de Mariátegui para ir comprobando sus textos. Lleno de sugerencias y de enseñanzas anticlásicas, como aquella fecunda cita de Aristóteles con que exorna el ensayo, el estudio de Reyes destaca su perfil renovador, y justifica una observación que Molotof coloca en el prólogo del "Segundo Plan quinquenal de los Soviets", cuando, refiriéndose a los homenajes a Hegel y Goethe, dice que los pensadores burgueses han evidenciado con esa ocasión su esterilidad y su agotamiento. Alfonso Reyes se salva del dictado. Los demás, no. Pero, ¿no es verdad que resulta hartamente extensa ésta que iba a ser nota informativa y se ha transformado en artículo lato?

Luis ALBERTO SÁNCHEZ.

*Suplemento Literario de La Tribuna,*

Lima, 193... ?